

EL TERRITORIO A LA LUZ DE LA GLOBALIZACIÓN

POR

PATRICIO H. RANDLE (*)

Solamente un racionalismo abstracto puede haber concebido al territorio como algo incapaz de sostener atributos y, por tanto, quedarse en su significación puramente literal.

Quienes no valoran la identidad de los pueblos pueden devaluar las virtudes del territorio, virtudes no intrínsecas pero sostenidas por su esencia, porque parecen incapaces de descubrir el lazo estrecho entre lo corporal y lo espiritual que es connatural con el hombre.

Juan B. Alberdi, a propósito de su *fe* (otra palabra no cabe) en la *tecnología*, no por casualidad sostenía conceptos tales como "la patria no es el suelo" sin agregar el imprescindible: "solamente".

Está claro que para mentalidades mecanicistas y simplificadoras, el suelo, el territorio, es un compuesto de sustancias inorgánicas y orgánicas, y poca cosa más. Todos los atributos de la naturaleza espiritual que le son afines no cuentan. De allí que puedan guiarse pura y exclusivamente por criterios tecnológicos, por aquello que cambia y se transforma como característica fundamental y no por las esencias que permanecen y acompañan la existencia humana, que son parte de su naturaleza o modo de ser.

(*) Este artículo de nuestro querido colaborador el arquitecto Patricio Randle, catedrático de la Universidad de Buenos Aires e Investigador del Consejo de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), extracta algunos aspectos tratados en el libro titulado *A dónde lleva la globalización*, que editado por "La Ciudad Argentina", será publicado inminentemente en Buenos Aires.

Una geopolítica groseramente materialista ha querido identificar la patria al suelo sin reparar que, aunque entre ambos hay un vínculo profundo, la primera es un valor espiritual. Cuando los latinos hablaban de *terra patrum* estaban atribuyendo al suelo las virtudes de la paternidad, del linaje y hasta de los númenes (o dioses fabulosos de los paganos) o de los *genius loci* (genios del lugar).

Es que a la tierra la enriquecen el hombre, las comunidades, las naciones. Es de esa interacción que surge la patria no como una abstracción romántica, sino como una realidad de contornos clásicos, realistas. El territorio —físico— solo no conmueve, no impulsa a defendérselo; son las esencias espirituales que se alojan en él las que lo potencian. Los paganos, con su religión elemental y antropomórfica lo tenían bien claro. Las religiones monoteístas fueron más explícitas aún; los hebreos con su "tierra prometida" y los musulmanes con la "hégira" y su consecuente expansión territorial, aunque llevándolo demasiado lejos.

El cristianismo primigenio también fue sensible, aunque la formulación de una "patria espiritual" —el cielo— pudo introducir cierta confusión como el calvinismo que pone todo su énfasis en la vida pública de Jesús —sin hogar, ni lugar— según la tesis de Jacques Ellul (1).

Quienes implícitamente se mofan del concepto de patria ignoran u olvidan que en las guerras convencionales de antes los hombres morían por ella voluntariamente o, como decía Chesterton (2) —a principios de los años '20— morían "*por aquellas cosas por las que siempre vivieron: las casas donde moraban, los templos que veneraban y los jefes y representantes que conocían*", mientras que ahora —continúa— se les impele a morir "*por los últimos recursos acerca de remotas colonias (formales o informales) aparecidos en periódicos insignificantes*" (prefiguración de los *media* de hoy día).

Cómo no se irían a preocupar los gobernantes de los Estados Unidos por el número de bajas —unas pocas decenas— en una

(1) JACQUES ELLUL, *Sans feu, ni lieu*, París, 1975.

(2) G. K. CHESTERTON, *St. Francis of Assisi*, London, 1923.

guerra como la del Golfo si en la de Vietnam habían muerto soldados en un lugar extraño, desconocido, donde no sabían lo que defendían ni siquiera adónde quedaba. Ciertamente costaba mucho convencerlos que luchaban “por la patria”, era imposible compararlos con los legionarios romanos que extendían la ciudadanía de Roma a los últimos confines, a pesar de no tener medios de comunicación artificiales, ni cultura *pop* a su servicio, ni expandir el consumo de sus productos.

Aunque no literalmente, la patria puede extender el sentido de *terra patrum* cuando conlleva las virtudes de una cultura muy arraigada, cuando se hace verdaderamente raigambre.

No es ninguna novedad que el mundo moderno acentúa la desproporción entre lo artificial y lo natural en todos los órdenes de la vida humana: el ámbito vital, la alimentación, los traslados, el vestido, las comunicaciones, todo depende cada vez más de la inventiva, de la industria, de los materiales sintéticos.

En esta tesitura, el significado del territorio también ha sufrido una transformación. Otrora venía íntimamente vinculado a la tierra como interminable fuente nutricia o como soporte físico de la ciudad en tanto *colonia natural de la familia* al decir de Aristóteles.

En la medida que el hombre ha construido una superestructura artificial hasta culminar con rascacielos, autopistas elevadas, tráfico aéreo, el suelo va perdiendo parte de su antigua *utilidad*. Pero eso no implica que haya perdido su *significación*, ni menos aún que haya perdido su importancia. Si los cultivos hidropónicos pueden prescindir del suelo natural esto no quiere decir que puedan prescindir de minerales que, en definitiva, provienen del suelo o de las entrañas de la Tierra.

Por mucho que se piense que ahora el territorio ha perdido relevancia, lo cierto es que de una manera u otra reaparece cumpliendo un rol de capital importancia para la vida del hombre. Todos los argumentos en contra de esto son de carácter meramente excepcional o circunstancial. El territorio como espacio sustancial —no ya sólo virtual— no ha desaparecido ni desaparecerá mientras quede un solo hombre sobre la faz de la Tierra.

Nadie discute que en la actualidad la otra neta distinción entre territorio rural y territorio urbano es aleatoria, no sólo en sus bordes sino en sí mismos.

Que el campo se urbaniza a pasos agigantados no es novedad. Ya en los años '50 los sociólogos norteamericanos acuñaron la expresión "rurbanización" para denominarlo. Ahora, lo nuevo es la emergencia de las megalópolis o ciudades en red —según el criterio de Jean Gottmann— o sea grandes regiones metropolitanas con un tejido urbano relativamente abierto y cuyo prototipo es la megalópolis de la costa este norteamericana que se extiende desde Boston hasta Washington D.C. (3).

Pero que este fenómeno, esta tendencia, suponga una alteración de identidad del concepto territorio parece una grosera exageración. Porque por mucho que se haya modificado su estructura en el mundo contemporáneo, el espacio territorial sigue existiendo como tal. No ha perdido su importancia por mucho que hayan cambiado sus atributos o su rol funcional.

La malla tradicional aldeana que estructura el espacio rural, que hincaba sus raíces en el territorio, está condenada a desaparecer hasta en los más recónditos lugares del mundo (4). Los modos de producción capitalista van arrasando con este sistema descentralizado, simple, a base de un repertorio limitado de bienes intercambiables. De pronto irrumpe una oferta tan vasta como variada. Lo que, en teoría, podría haber servido tanto en un sentido como en otros, es decir, como estructura de exportación, como de importación, es abruptamente alterado.

En la Argentina tenemos un ejemplo. El de la red ferroviaria que al llegar a las más remotas regiones del N.O. sirvió más para introducir importaciones que para dar salida a las exportaciones. Pensado para la pampa cerealera y ganadera donde su función en un solo sentido era obvia, en el lejano interior fue más el trastorno que el beneficio económico que produjo porque fomentó más la importación que la exportación. Este es un ejemplo reducido de lo que implica todo lo global, exhaustivo, centralista por naturaleza.

(3) Cfr. JEAN GOTTMANN, *Megalópolis*, M.I.T., 1961.

(4) CLAUDE RAFFESTIN, *Pour une géographie du pouvoir*, París, 1980, pág. 163.

Resulta sorprendente y hasta sospechoso cómo se entrelazan factores aparentemente inconexos cuando los enmarca la ideología. Si, por un lado, el mundialismo propone poner mayor énfasis en las autonomías regionales —políticamente débiles y hasta folklóricas— para minar a los Estados nacionales, por el otro se exacerba una tendencia natural como es el arraigo al territorio hasta llevarlo a extremos dialécticos.

Claude Raffestin en *Pour un Géographie du pouvoir* denuncia el drama de la desterritorialización, la crisis de la territorialidad concomitantes con el desarraigo que sufre el hombre en el mundo postindustrial. Así pues descubre que *"la pertenencia a una Sociedad pasa por la pertenencia territorial sensu lato"* (5).

De este razonamiento lógico e inobjetable Raffestin deduce consecuencias un tanto atrabiliarias como la de que *"la protesta regional rara vez es única y converge con otras tales como el feminismo, la autogestión y la ecología"* (sic) (6). Y para destacar aún más esta opinión se apoya en Renaud Dulong quien en su libro *Les régions, l'Etat et la Société locale* (7) sostiene que esas cuatro protestas están ligadas, *lo que significa simplemente que no se podría ser autogestionario, sin ser partidario de una liberación completa de la mujer y de las autonomías regionales* (8).

También es curioso que los abogados de las autonomías regionales, enemigos acérrimos de las capitales nacionales, se entreguen, sumisos, a la propuesta mundialista. Entre nosotros tenemos el sonado caso de cierto movimiento patagónico que en un momento dado hasta jugó con la idea de la secesión, uno de cuyos difusores era un confeso y declarado admirador de Zbigniew Brzezinski (9).

Al respecto conviene poner los puntos sobre las íes. Una cosa es defenderse de los abusos del centralismo y otra embarcarse en un regionalismo de sustrato ideológico. Tampoco es racional

(5) *Op. cit.*, pág. 166.

(6) *Ibidem.*

(7) París, 1978, pág. 163.

(8) Cfr. CLAUDE RAFFESTIN, *op. cit.*, pág. 166.

(9) Ex ministro de Educación del Dr. Alfonsín, Dr. Julio Rajneri, propietario del diario *Río Negro*.

combatir exclusivamente el centralismo a escala nacional y aceptar sin queja el internacional o practicar el centralismo en menor escala donde las capitales provinciales son más absorbentes relativamente que las capitales federales.

Sobre la circulación fluida, global en materia de transporte o de comunicaciones, la cual se exalta ahora como un bien intrínseco, hay que pensar que, como dice Ives Stourdze, *imprime su orden y es signo de poderío* (10). Es evidente que, de siempre, para gobernar con eficiencia es menester dominar el "espacio-tiempo". Con mejor transporte y comunicaciones el dominio es más efectivo. Razón por la cual recién ahora se plantea con otra óptica y factibilidad la hipótesis de un gobierno mundial.

Se ha dicho que nuestra era comenzó con las naves de Colón que descubren un nuevo espacio y con los caracteres móviles de Gutemberg que aceleran el tiempo de la circulación de las ideas. Sin duda alguna estamos llegando a la culminación de esta etapa con los últimos avances en materia de transporte y comunicaciones.

El ritmo de la innovación tecnológica de la segunda mitad de este siglo es probable que vaya a aminorarse. Ya hay signos de que hemos superado el frenesí del cambio por el cual, por ejemplo, las fábricas de automóviles debían producir un modelo diferente cada año y descartar la fabricación del de el año anterior.

Lo mismo ocurre en aviación cuando uno piensa que los "Jumbo" ya llevan 25 años sin mayores modificaciones o que los "jet" ya cumplieron cuarenta años o que el "Concorde" no fue capaz de servir de prototipo de una producción en masa.

El espacio puesto en cuestión

Tantas expresiones poniendo en duda la importancia o el valor del espacio y del territorio inducen a pensar que el hombre actual está sometido a una tendencia dominante: la de privilegiar lo abstracto y lo virtual sobre lo real, la comunicación electróni-

(10) Cfr. CLAUDE RAFFESTIN, *op. cit.*, págs. 182-183.

ca sobre la personal, el código sobre el lenguaje, la convención sobre la razonabilidad y el sentido común.

Por mucho que se pueda argumentar sobre “el cambio innegable”, la “transformación inexorable” de “el mundo que viene”, en el cual el territorio, las fronteras y el hombre de carne y hueso “pasaron de moda”, lo cierto es que “el espacio está allí”.

Y lo que en todo caso pasa es que se está perdiendo la sensibilidad para percibir su presencia.

Joshua Meyrowitz, en la portada de su libro *No sense of Place* (11), puso la famosa opinión de Marshall McLuhan que reza así: *Nada puede llevarse más lejos del espíritu de la nueva tecnología que aquello de: ‘un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar’.*

¿Por qué hay quienes se dejan seducir por cualquier cosa que contradiga al sentido común? Si bien este dicho —como todos— se puede permitir excepciones, lo cierto es que es acertado como regla general. La prueba es que lo contrario: “varios lugares para cada cosa y varias cosas en un mismo lugar”, generaría el principio del caos.

Que la tecnología permite salirse de la regla es verdad, pero que *la tecnología tenga un espíritu* es, por lo menos, aleatorio.

Esta actitud de pretender que *todo ha cambiado* gracias a la tecnología, y en particular la naturaleza del espacio, es uno de los argumentos que motivan este nuestro libro.

Es verdad que la tecnología pueda cambiar las cosas de lugar de modos insólitos —¿qué son los archivos de información almacenados en una computadora si no?—, pero ese “orden” no tiene validez universal, no es lo natural, es totalmente artificial y como tal útil a un solo propósito.

Lo de *un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar* es verdad, pero también es dramático. Primero de todo porque la cita infiere que no sólo el avance de la tecnología es irreversible sino que su espíritu es irrefragable (que no se puede contrarrestar). Pero además porque más allá de su derrotismo implica que

(11) JOSHUA MEYROWITZ, *No sense of Place*, New York/Oxford, 1985.

avanzamos en los medios pero tenemos los fines cada vez menos definidos.

Si no hay un mínimo orden entre cada cosa y su lugar vamos al caos. Lo cual no implica que haya movilidad pero que, al menos, haya un orden de base.

Meyrowitz comienza su libro evocando el asesinato de Lee Harvey Oswald (el sospechoso de haber asesinado al Presidente Kennedy) delante de las cámaras de televisión y señala que quienes vieron el programa probablemente aseguren ser testigos de su muerte.

El 24 de noviembre de 1963, Jack Ruby baleó y mató a Lee Harvey Oswald, el supuesto asesino del Presidente John F. Kennedy. El tiro fue transmitido en vivo a millones de norteamericanos. Quienes vieron el hecho por televisión probablemente afirmarían que había "atestiguado" el asesinato, o sea, que lo vieron de "primera mano", pues está claro que la televisión y los media electrónicos en general han cambiado sensiblemente el significado de la presencia física en la experiencia de los hechos sociales.

En una época la presencia física era un prerrequisito para la experiencia de la primera mano... Pero ya no es así.

... La evolución de los "media" ha hecho disminuir el significado de la presencia física en la experiencia de la gente y de los hechos.

... uno puede comunicarse "directamente" con los demás sin necesidad de encontrarse en el mismo lugar (12).

Ciertamente, el grueso de la argumentación es válido hasta que —y este no es el caso único— quien así razona se excede en su simplificación. "Directamente" quiere decir sin nada que se interponga, esto es, "cara a cara" y este no es el caso de los "media" precisamente. Lo cual no impide afirmar que la importancia de la puesta en escena espacial haya multiplicado sus efectos.

Que la gente imagine ser testigo presencial no le disminuye el valor de testimonio del verdadero testigo.

(12) *Op. cit.*, pág. VII.

Aun dentro del hogar los "media" han reformado el significado de los habitantes individuales. En un momento dado los padres podían disciplinar a un niño enviándolo a su dormitorio: una manera de ex-comunicarlo de la interacción social. Tal caso asume hoy un sentido totalmente diferente si el dormitorio infantil está conectado al mundo exterior mediante la televisión, la radio, el teléfono o la computadora.

La conclusión que saca el autor es que *donde está uno tiene cada vez menos que ver con lo que uno sabe y experimenta.*

Los "media" electrónicos han alterado el significado del espacio y del tiempo para la interacción social.

Curiosamente así razona el hombre vulgar —consciente o inconscientemente— y no hace ninguna falta poner más énfasis en lo que se convierte en un lugar común. Pareciera que se quiere disminuir la importancia de la noción natural de espacio y tiempo en vez de denotar en qué sentido se le agregan otros enfoques.

Es, por lo pronto, apresurado afirmar que se ha *cambiado* el significado de espacio y tiempo como si se hubiere modificado su esencia. Pero esto no es demasiado sorprendente porque el hombre moderno tiende a olvidar lo que permanece inmutable de las cosas para encandilarse exclusivamente con lo que cambia.

Otro aspecto de la cuestión es confrontar las características de la innovación tecnológica en materia de comunicaciones y sus efectos en las relaciones sociales; lo cual no sólo es perfectamente razonable, sino hasta necesario, si no queremos dejarnos arrastrar ciegamente por los fines (o la ausencia de fines) del pensamiento técnico.

Por cierto que un preso con televisión en su celda está menos preso y que las computadoras han penetrado todos los ambientes sociales desde el dormitorio infantil hasta las salas de Directorio de las corporaciones. Y que ello permite imaginar un giro completo en la percepción social.

Los sociólogos hace tiempo notaron que la gente se comporta de otra manera en diferentes "situaciones" sociales dependiendo de dónde se encuentre y con quien (13). Razón de más para atri-

(13) *Op. cit.*, pág. VIII.

buir importancia a la "situación" espacial —relativa o absoluta— y no justificativo para afirmar que "ahora" el espacio no tiene importancia. Lo que sí ocurre es que ahora el hombre puede cambiar de lugar más fácilmente y que los *media* crean entornos sociales. Pero de ello ¿puede inferir, como hace el autor, que se ha debilitado *la otrora fuerte relación entre el lugar físico y el lugar social*. O que *mientras perdemos el viejo sentido de lugar ganamos nuevas nociones de comportamiento social e identidad?* (14).

De nuevo se pretende reemplazar "el viejo sentido de lugar" como algo perimido en vez de sumarle otros atributos que son producto del "adelanto" tecnológico. Lo que ocurre con el espacio ocurre con el tiempo. ¿Acaso gana el hombre aboliendo el pasado, la sabiduría tradicional, la noción de orden natural para sustituirla con la filosofía superficial emergente de los adelantos técnicos?

El equívoco proviene seguramente —como en otros casos— de hablar del espacio, del lugar cualificado en vez de tal como es naturalmente. En este caso se habla de espacio social y de allí la confusión.

Evidentemente si hablamos de distancias sociales, los *media* las han alterado de raíz. (No olvidar que la Sociología es una ciencia relacional). Pero así como las distancias sociales no son las distancias físicas y reales (comunes) habría (metafóricamente hablando) espacios sociales. ¿No se estará abusando de la metáfora cuando se habla de la *distancia* entre el señor feudal y el sirvo, entre el Presidente Director General y el ascensorista?

Pero lo mismo que en la frase de McLuhan, Meyrowitz en su juicio sobre el asesinato de Oswald, plantea la misma tesitura —por otra parte muy divulgada— según la cual una diferencia de grado puede llegar a convertirse en un diferencia de esencia.

Expliquémonos. Que *la evolución de los media ha hecho decrecer el significado de la presencia física* (15) puede admitirse hasta cierto punto. También es cierto que *uno puede comunicar-*

(14) *Op. cit.*, pág. IX.

(15) *Op. cit.*, pág. XII.

se "directamente" con otros sin reunirse en el mismo lugar y como resultado de ello las estructuras físicas que otrora dividían a nuestra sociedad en muchos y distintos escenarios espaciales para interactuar se han visto notablemente reducidos en su significado social (16).

Pero, de nuevo insistimos, estas diferencias de grado no hacen a la esencia. Los contactos cara a cara —necesariamente en un lugar dado— son inefables y jamás podrán ser igualados por medios artificiales por muy electrónicos que sean. Aclarado el punto podemos aceptar e incluso indagar con interés los matices que presenta la transformación en curso.

Sin duda el mundo moderno en este, como en otros aspectos, tiende a confundir hechos y valores; lo cual no impide que las cosas conserven su sentido intrínseco.

Devaluación y revaloración del territorio

Quienes insisten en devaluar el espacio territorial suelen hablar de distancias psicológicas, o sociales, o económicas o políticas, lo que no es tan metafórico como vulgarmente se cree y a lo que nos referiremos especialmente luego. *La razón es que la distancia no constituye por sí misma una entidad 'sui generis' independiente. Ella es esencialmente una relación y como toda relación recibe únicamente su valor objetivo de sus términos o puntos de apoyo* (17).

Lo cual no debe conducir, empero, a decretar la "muerte del lugar" por la matematización cartesiana de las ciencias naturales (18), que es lo que incluido en el pensamiento político lo vuelve abstracto.

Menos filosóficos son los razonamientos de quienes, sobre la cresta de la ola de la globalización, hacen gala de "realismo", esa

(16) *Op. cit.*, pág. VIII.

(17) D. NYS, *La notion d'espace*, Louvain, 1929, págs. 189-190. Citado por MARIO SACCHI, *El espacio enigmático*, Buenos Aires, 1998, pág. 112.

(18) MARIO SACCHI, *op. cit.*, pág. 106.

mentalidad utilitaria y pragmática que se pregunta sólo "¿para qué sirve?", "¿cómo funciona?", que, como agrega un autor, *quizá sea buena para relacionarnos con las cosas, aunque me temo que tampoco estoy demasiado seguro de ello*. Lo que por analogía le lleva a sospechar que *a ese pragmatismo se debe, por ejemplo, el deterioro ecológico, pues cuando ya no somos capaces de distinguir en un bosque 24 tonos diferentes de verde sino tan sólo calcular los beneficios que produciría talarlo resulta casi inevitable la destrucción de la naturaleza* (19).

Y es que resulta muy fácil que quienes están dominados por la mentalidad científico-técnica que niega la contemplación (el saber científico) y la autoridad del pensamiento clásico se lancen alegre e inconscientemente a hacer afirmaciones que deberían ser rechazadas de plano por todo el mundo si no fuera que encierran, en el fondo, un sustrato utilitario ante el cual se rinde hasta la inteligencia.

Richard Rosencrance —director del *Center for International Relations* de la Universidad de California— sostiene seriamente la tesis de que "el territorio pasó de moda" en un artículo suyo publicado por el órgano del *Council on Foreign Relations* (20) sobre el cual volveremos. Mientras tanto, permítasenos destacar que no se trata de una opinión circunstancial de un periodista sino de un profesor universitario de Ciencia Política que refleja toda una tesitura mental que se resume en forma de un *slogan* con fácil aceptación del público inadvertido. Y encima, publicado por uno de los órganos de mayor poder global.

Más allá de que la moda no legitima nada, más bien señala el carácter pasajero, efímero, de una convención o, en el mejor de los casos, de un uso o costumbre, el territorio posee una entidad que exige un tratamiento más serio.

Pero Rosencrance no parece percibirlo. En cambio, pretende que hay razones de orden económico que han alterado la esen-

(19) LUIS GONZÁLEZ CARVAJAL SANTABÁRBARA, *La Iglesia ante el reto de las nuevas culturas*, Isidorianum, Sevilla, vol. 6, núm. 12, 1997, pág. 456.

(20) RICHARD ROSENCRANCE, *The Rise of the Virtual State*, Foreign Affairs, vol. 75, núm. 4, July-August, 1996.

cia de las cosas, como que *desde mediados de siglo el precio de las "commodities" han caído casi un 40% en relación a los productos manufacturados*, según la *Revista del Banco Mundial* (21) lo que implica que *las ganancias del comercio de manufacturas supera ampliamente a las de las exportaciones agrícolas* (22).

Otro argumento tendente a subestimar el valor del territorio es que *en medio de esta declinación, los años '70 y '80 han generado un nuevo prototipo político: el Estado comerciante*, de lo cual no cabe duda por más que se insista en revestirlo de ideales democráticos *que antes de buscar su expansión territorial pone al intercambio comercial como su finalidad fundamental* (23).

Habría que preguntar qué naciones ya no buscan su expansión territorial. ¿No será las que ya lo lograron? Porque en África, y en América del Sur, por ejemplo, no se pueden descartar que no sobrevivan reivindicaciones de tipo territorial.

Ya veremos que luego Rosencrance insiste en que *los países desarrollados prefieren inundar los mercados del mundo antes que adquirir territorios, porque el Estado que ha realizado el propio redimensionamiento —"downsizing" en el original— de sus capacidades en el territorio, lo cual sería la consecuencia lógica de esta emancipación del suelo* (24).

Habría que ver cuán "emancipados" del suelo están las potencias centrales y por qué hay tanto interés en difundir esta "filosofía" anti-territorial en el resto del mundo.

Por lo demás, como una demostración de aquella tesis el articulista evoca el caso de la guerra del Golfo: *cuando Saddam Hussein pensó que al llegar al Kuwait iba a poder echar mano de los ingentes fondos de ese país, para encontrarse con que todo el dinero había sido transferido electrónicamente. O sea, que la conquista territorial había perdido sentido* (25).

(21) *The World Bank Economic Review*, 1988, vol. 2, núm. 1, págs. 1-47.

(22) RICHARD ROSENCRANCE, *op. cit.*, pág. 49.

(23) *Ibidem*.

(24) *Op. cit.*, pág. 46.

(25) PATRICIO H. RANDLE, "¿El territorio pasó de moda?", *Revista de la Escuela de Guerra Naval*, Armada Argentina, núm. 45, junio 1997, pág. 133.

Pero como concluimos argumentando al comentar anteriormente este artículo, la conclusión es engañosa, pues ¿qué hizo Kuwait sino financiar la onerosa lucha por recuperar el territorio perdido; territorio que, por lo visto, no había "pasado de moda"? (26).

Sin duda se trata de hechos incontrovertibles, pero, como siempre sucede, los hechos solos no convencen si no van acompañados de razones y de significaciones.

Otro argumento esgrimido para afirmar que "el territorio pasó de moda" es que en dichos países superindustrializados se ha producido una *emancipación del suelo*. Para fundar lo cual se acude al muy socorrido ejemplo del Japón: una nación con poco territorio y pocos recursos naturales.

Está claro que son los países desarrollados y centrales los que *prefieren inundar los mercados del mundo antes que adquirir territorios* porque han realizado su propio redimensionamiento y, en general, no sufren ninguna presión demográfica sino todo lo contrario.

Pero volviendo al razonamiento de que *el territorio tiene un valor más vulnerable que el capital, el trabajo o el "know how"* (27), nada de esto implica que una cosa no necesite de la otra. Los servicios han aumentado su importancia, especialmente en los países que se han enriquecido previamente con las manufacturas, pero la industria no funciona sin materia prima y finalmente esa materia consiste en recursos naturales que se hallan en algún territorio, propio o ajeno.

Vale decir que aunque hoy haya perdido valor, el territorio lo va a recuperar en la medida que los recursos naturales se vayan haciendo más escasos. Paul Ehrlich, como tantos otros, prevé un agotamiento de determinadas materias primas y, en consecuencia, su revalorización. Y no hace falta ser profeta para entenderlo.

Hablando de otro conflicto reciente llama la atención que sea un distinguido periodista británico, Simon Jenkins, que fuera "editor" de *The Economist* de Londres, en un artículo publicado en

(26) *Loc. cit.*

(27) *Loc. cit.*

The Times (9-I-1998), escribiendo sobre las Malvinas dice: "olvidense de los reclamos históricos: esto es meramente sentido común geográfico..." (28). Lo que quiere significar es que la proximidad de las islas de la Argentina continental es algo definitivo y seguirá gravitando sobre la cuestión cualquiera que sea el enfoque que se adopte diplomáticamente.

Ciertamente que se trata de sentido común, pero también es cierto que se lo ha perdido fácilmente con el argumento de que las fronteras no durarán mucho más, o que las distancias se han acortado hasta perder casi su importancia. En suma, que lo espacial-territorial no es argumento de nada.

Ahora este periodista de fuste rescata la idea básica, olvidada o eclipsada por enfoques a la moda, sofisticados pero que han perdido toda sensatez. De donde se puede colegir que, aun en conflictos tan agudos como el de las Malvinas, la tendencia hacia la desespacialización no contribuye a hallar ninguna solución.

Al contrario por carecer de sentido común se puede agravar la confusión. De donde la aproximación clásica al problema no sólo es más veraz y realista, sino que es más operativa que las propuestas inficionadas de "novedades" metodológicas, sofisticadas, como las que suponen el descarte del factor territorial como elemento fundamental.

Levantando un poco más la mira vale la pena referirse al pensamiento de Carl Schmitt (1888-1985) y su teoría de los grandes espacios (*grosso raum*) en cuanto no sólo implica una correcta valoración del factor territorial sino una visión casi profética de lo que él llama universalismo y que se confunde con la versión actual del globalismo.

Schmitt sigue en líneas generales la geopolítica de Friedrich Ratzel y de Rudolf Kjellén. Según Cagni, a quien seguiremos en su ensayo sobre la teoría schmittiana de los grandes espacios (29) *es el espacio el que condiciona la vida de un pueblo; cuanto*

(28) *The Times*, 9-I-1998.

(29) HORACIO CAGNI, "La actual revalorización de la teoría schmittiana de los grandes espacios", *Revista de Estudios Estratégicos*, núm. 16, julio 1997.

mayor es el espacio mayores son las posibilidades de desarrollo y predominio (30).

Hoy "está de moda", podríamos decir adoptando la expresión introducida por Rosencrance, mencionar los casos de países que como Italia o Japón, con poca extensión y sin recursos naturales han trepado hasta colocarse dentro de las siete naciones más ricas del mundo. Pero de ello nos ocuparemos más adelante. Por ahora fijémonos si ser un país rico es igual que ser una nación poderosa. La riqueza suele concebirse en acto, el poder en potencia. Ejemplo: Brasil no es rico pero es poderoso.

Algo así como la antítesis de Italia y Japón.

Sin ser el factor principal y sin caer en un determinismo cerril el territorio es algo que, cuando menos, no se puede descartar. Ocurre lo mismo que con las hipótesis de conflicto: desconocerlas no implica que desaparezcan. Tampoco el espacio; por mucho que este se halle condicionado por la tecnología y los modos del desarrollo socio-económico actual y a pesar de que se lo discuta, el espacio está allí. Así la tierra como el mar; *el espacio más vasto y unido*.

En 1939, en vísperas de la Segunda Guerra mundial Schmitt publica un breve ensayo: "Grandes espacios contra universalismo. Lucha de pueblos y doctrina Monroe" (31). Volveremos sobre esto al tratar el tema del territorio en el contexto de la geopolítica.

Que la tierra ha tenido, tiene y seguirá teniendo un significado que va más allá de lo material es indiscutible. Por eso es que difícilmente vaya a devaluarse. Podrá "pasar de moda" en el sentido somero del término, pero no va a desaparecer. No hace falta ahondar la teoría. Hay ejemplos concretos que nos eximen de argumentar. Pero eso sería materia para otra ocasión.

(30) *Ibidem*, pág. 123.

(31) *Loc. cit.*